

contra Conradino y sus auxiliares y protectores, lanzó el interdicho sobre las ciudades que le prestaran su apoyo, y no solo predicó la cruzada contra los sarracenos, que con tanto valor como fortuna resistían á Carlos de Anjou, sino que dió el carácter de tal á la lucha contra el jóven Staufen, como antes había sucedido en las contiendas contra Federico II y contra Manfredo.

Pero precisamente en aquel momento presentaban las cosas un aspecto mas favorable á Conradino. A principios de mayo llegó felizmente á Pisa Federico de Austria, con el grueso del ejército, despues de haberse abierto paso al través de los Apeninos, parte con las armas en la mano y parte evitando con rodeos los puntos inexpugnables. Conradino necesitó todavía mes y medio para poder entrar en campaña, pero este tiempo fué bien aprovechado, pues los pisanos mostraron su adhesión á los gibelinos, probada durante los tiempos difíciles, con una abnegación espontánea digna de las mayores alabanzas, proporcionando á Conradino no solo caballos y municiones de toda clase, sino tambien dinero en abundancia para pagar á su ejército, compuesto en su mayor parte de mercenarios. Siena, á donde fué Conradino en junio, y otras poblaciones gibelinas de Toscana no quedaron tampoco rezagadas en tales demostraciones. Además los expedicionarios consiguieron muy pronto un triunfo militar de gran importancia. Cuando Juan de Braisilva, mariscal de Carlos de Anjou, quiso cortar á Conradino el camino que debía conducirlo á Roma, vióse el 25 de junio atacado de improviso por las fuerzas superiores de Federico de Austria, entre Florencia y Arezzo, en Ponte-á-Valle, en el valle del Arno, siendo derrotado con grandes pérdidas y hecho prisionero. Esta noticia infundió gran confianza en el ánimo de los gibelinos y los que hasta entonces habían vacilado se prepararon á unirse abiertamente á la causa de Conradino. La rebelión se extendía desde Fermo por toda la Marca; una escuadra pisana se encaminaba á la Calabria para organizar allí la insurrección; la Italia parecía entonces querer abrazar la causa de Conradino mas unánimemente de lo que en otro tiempo había abrazado la de Manfredo, como si la soberanía extranjera instalada por el papa en Italia hubiese madurado el sentimiento nacional y llevado por buen camino el extraviado espíritu de independencia. Roma estaba al frente de este movimiento, y sus embajadores se presentaron á Conradino, en Siena, invitándole á que se dirigiera á la ciudad eterna.

A mediados de julio salió Conradino de Pisa; un ejército pontificio quiso cortarle el paso en Viterbo, pero él supo evitar su encuentro por medio de un rodeo, y el día 24 de julio hizo desde Ponte Molle su entrada triunfal en la capital romana. Ningun príncipe alemán había sido recibido con el júbilo y las demostraciones de cordial amistad que á él le fueron dispensadas: como si se tratara de un glorioso triunfador, habíase preparado al último vástago de la dinastía Staufen el camino del Capitolio. Los gibelinos, cuando vieron entrar en la ciudad á aquel hermoso jóven acompañado del leal Federico de Austria y de los jefes de su partido, que se habían mantenido fieles á su causa durante los tiempos de desgracia y de calamidades, creyeron que se iniciaba una nueva era de paz y de felicidad y que sus adversarios welfos, que habían huido de la ciudad, habían desaparecido para siempre de ella. El mismo Conradino pudo tambien creer que había llegado al término de sus afanes cuando recorrió las calles que conducían al Capitolio, adornadas de hermosas guirnaldas y preciosos tapices, acompañado de Enrique de Castilla y de sus guerreros españoles, entre las aclamaciones de los romanos y los himnos de júbilo de las romanas. Aparte de esto, todo parecía ir tambien á medida de

sus deseos. Carlos de Anjou, al tener noticia de que Conradino marchaba en dirección á Roma, levantó el sitio de Luceria y se dirigió apresuradamente hácia el Norte, de suerte que los sarracenos pudieron entonces extenderse por aquellos territorios. La escuadra pisana combatió con fortuna en las aguas de Sicilia, y esta isla casi podía considerarse conquistada. Pero preciso es decir, en honor de Carlos de Anjou, que al encontrarse repentinamente en aquella crítica situación procedió con prudencia y serenidad, demostrando plenamente sus brillantes dotes de general. Desde Foggia, á donde se había dirigido despues de levantar el sitio de Luceria, marchó apresuradamente al Norte, hácia la montañosa comarca del Abruzzo, y desde allí bajó á las llanuras que se extendían alrededor del lago Fucino. Si Conradino pensaba desde Roma y por el camino recto encaminarse al Sur, hácia la Tierra de Labor, y por medio de una marcha en dirección á Nápoles y Benevento unirse con su partido, cada día mas numeroso, y formar un reino, se encontraría amenazado por Carlos por el flanco y por la espalda y tendria que buscar mas hácia el Este el camino al Sur, es decir, por un terreno de muy malas condiciones, en el cual podía atajarle el paso un pequeño contingente de tropas. Con esta intención se encontraba Carlos de Anjou el día 9 de agosto en Scurcola, entre Avezzano y Tagliacozzo. El día 10 salió Conradino de Roma, acompañado durante dos jornadas por los regocijados y esperanzados romanos, al frente de un ejército de diez mil hombres perfectamente equipados, en el cual sus mercenarios alemanes iban mezclados con los españoles de Enrique de Castilla y con los contingentes gibelinos, á las órdenes del mas experto guerrero de este bando: lo mejor de todo el partido se había agrupado alrededor de Conradino para esta lucha decisiva.

El éxito de la empresa dependía de que las tropas de Conradino lograsen evitar el encuentro de Carlos de Anjou, salvar los ásperos desfiladeros de las montañas, llegar á la llanura palentina y tomar el camino de Sulmona para apoyar la rebelión de los sarracenos de Luceria. Conradino procuró conseguir este fin por medio de una accidentada marcha, ora á un lado, ora á otro, pero por espacio de tres días y de tres noches tuvo siempre á su lado al vigilante Carlos de Anjou que le impedía conseguir su propósito. Al fin Conradino consiguió engañar á su enemigo ofreciéndole una falsa pista, de suerte que el de Anjou se encaminó al valle del Aterno y tomó posiciones en Ovinulo, creyendo que allí podría cortar el camino á su adversario. Entonces pudo Conradino descender la montaña que se alzaba entre Terano y Salto, entrar en el valle de este último nombre, y en 21 de agosto llegar, desde Tagliacozzo, á Scurcola, donde estableció su campamento. Ante su vista se extendía la llanura palentina, y entonces pensó en marchar por Celano y Sulmona para entrar en la Pulla. Quizás una marcha de avance hubiera hecho esto posible, pero el tiempo que Conradino perdió en sus marchas y contramarchas por la montaña, en las cuales sus tropas se habían extenuado, fué funesto para él. Entretanto, Carlos de Anjou reconoció su error; supo que el enemigo, cuyas huellas había perdido, se encontraba en Scurcola, y allí se dirigió apresuradamente en la madrugada del 22 de agosto. Desde las alturas de Alba divisó á lo lejos el campamento de Conradino, pero en vista del cansancio de su caballería, que formaba el grueso de su ejército, compuesto solo de seis mil hombres, permaneció en aquellas seguras cumbres y no quiso aceptar la batalla que le presentó Conradino, avanzando un poco en cuanto descubrió sus fuerzas. El combate decisivo se trabó el día 23 de agosto.

Separados por el lecho del Salto, que se hallaba en seco, tomaron ambos ejércitos sus respectivas posiciones. Carlos

de Anjou, al ver la superioridad de fuerzas del enemigo, y su decision de atacar, resolvió prudentemente mantenerse á la defensiva; dispuso su ejército en dos columnas, una que tomó posiciones al pié de las alturas donde hasta entonces había acampado, mandada por el mariscal Enrique de Couse, á quien se adornó con todas las insignias reales para que el enemigo le tomara por Carlos de Anjou y para que este se viera menos amenazado. La otra columna, donde iba el grueso del ejército, avanzó hácia el Salto y se situó en la llanura; estas fuerzas se componían de provenzales, lombardos y welfos romanos que habían abrazado la causa de Carlos, el cual, además, había colocado de antemano 800 jinetes escogidos emboscados en un recodo del valle oculto á la vista del enemigo. Allí se situó él mismo para seguir el curso del combate y atacar de improviso en el momento decisivo, pues esperaba que sus adversarios llevarían en un principio ventaja y arrollarían á sus soldados, y contaba con el ardor de los guerreros alemanes, los cuales solían avanzar precipitadamente y dejar descubiertos los flancos y la retaguardia. El curso de la jornada justificó plenamente sus cálculos.

Conradino dividió tambien su ejército en dos columnas: en la primera figuraban unidos los españoles del senador Enrique de Castilla y las tropas de los gibelinos lombardos y toscanos, todos á las órdenes de Enrique; formaban el núcleo de la segunda, que estaba mandada por Conradino en persona, los mercenarios alemanes. La primera, llena de confianza en la victoria, atacó á los provenzales; el Salto fué rápidamente cruzado y los agredidos huyeron, desbandándose luego por todos lados. Igual suerte sufrió la segunda columna de Carlos: al intentar restablecer el orden de batalla, el mariscal Enrique de Couse fué muerto por el senador. Los de Anjou, creyendo que su rey había muerto, apelaron á la fuga, mientras los vencedores, que estaban en igual creencia, se figuraron haberlo ganado todo y persiguieron llenos de júbilo á los fugitivos. Es un rasgo que caracteriza á Carlos de Anjou el de que en presencia de aquel espectáculo no perdiera ni un momento su serenidad y permaneciera tranquilo en la emboscada, mandando que se dijera la misa y se invocara á la Virgen, de la cual decía que esperaba especial gracia, por cuya razon había escogido para la batalla el día de su Ascension. Si hubiera salido de su escondite en el momento en que los alemanes acababan de vencer, su pérdida habría sido segura; por eso dejó que su ejército se desbandase y que se le creyera muerto, en tanto que seguía con astuta mirada y con sin igual paciencia á sus enemigos, que, contentos de la victoria, continuaban avanzando. Cuando se hubo convencido de que el enemigo se había lanzado sobre su abandonado campamento y entregado al mas desordenado saqueo, olvidando toda precaucion, arrojóse sobre él con sus 800 jinetes en columna cerrada. Las tropas de Conradino, sin orden, extenuadas por la pasada lucha y por la persecucion de los fugitivos, y ocupadas en saquearlo todo, fueron completamente arrolladas y dispersadas por aquel pequeño escuadron, de suerte que sin luchar y sin saber cómo perdieron todo lo que habían ganado, y la victoria conseguida se convirtió en una derrota completa. Enrique de Castilla, que volvía de perseguir á los fugitivos y se encontraba con un enemigo vencedor, no pudo hacer cambiar la situación. Las espadas francesas se cebaron desapiadadamente en los aturdidos alemanes, lombardos, romanos y españoles: los que no sucumbieron ó fueron hechos prisioneros huyeron á la desbandada; de suerte que el ejército de Conradino, lo mas escogido de los gibelinos de la Alta Italia y de la Italia Central, dejó de existir, quedando de él solamente restos dispersos, que vagaron por el país, huyendo de la muerte ó de la prision.

Quando Carlos de Anjou, en la tarde de aquel día, envió

al papa Clemente IV la relacion de la victoria, en la cual pedia á la Iglesia que entonara alegres himnos de alabanza por el triunfo con que la omnipotencia divina había puesto término á sus apuros y la había libertado de la venganza de sus perseguidores, pudo decir sin exageracion que la victoria en otro tiempo por él conseguida en Benevento era nada comparada con la que acababa de obtener. Carlos no sabía lo qué había sido de Conradino y del senador de Roma, sospechábase que habían perecido, pero ¡cuán dichosos se hubieran podido considerar si hubiesen participado de la suerte que á tantos de sus compañeros cupo! En efecto, las horribles crueldades cometidas por orden de Carlos al siguiente día de la batalla pudieron enseñarles el destino que esperaba á los que, habiendo sobrevivido, cayeran en poder del vencedor. De los romanos hechos prisioneros algunos fueron ejecutados, á otros se les mutiló bárbaramente cortándoles los piés, y luego fueron hacinados en monton y quemados. El número de los prisioneros se aumentó en los días siguientes, pues de los que por el momento habían conseguido escapar muchos cayeron luego en poder de la caballería de Carlos, que recorrió todos los alrededores. Enrique de Castilla, el senador romano, fué de estos; únicamente se carecía de noticias respecto de Conradino y de sus más allegados compañeros, que eran los que con mas ansia buscaba el vencedor. Pronto, sin embargo, se cumplió el destino del último Staufen.

Mientras Carlos de Anjou tomaba sus disposiciones para cortar á los fugitivos el camino de la Alta Italia y los pasos de los Alpes que conducían á Alemania, Conradino, al ver perdida la victoria conseguida y su ejército derrotado y aniquilado, se había dirigido á Roma: el brillante recibimiento de que había sido objeto en esta ciudad pocas semanas antes le permitía creer que los que tanto habían hecho por él seguirían favoreciéndole, ó por lo menos le ofrecerían seguro refugio. En esta creencia, llegó el 28 de agosto á la ciudad eterna acompañado de Federico de Austria y de 500 hombres que se le habían juntado; pero los gibelinos romanos no quisieron saber ya nada de un pretendiente derrotado y fugitivo, cuya causa, como enfáticamente había dicho la Iglesia, había sido condenada por sentencia divina. Los romanos habían contado con sacar provecho de la victoria de Conradino, pero nunca pensaron en sacrificarse por él. Así, pues, aconsejaron á Conradino que huyera á otra parte, pues dada la confianza que se había apoderado de los welfos desde la jornada de Scurcola, no podía considerarse en su ciudad completamente á cubierto de un golpe de mano. El pretendiente prosiguió su fugitiva marcha en 31 de agosto, despues de haber perdido un tiempo precioso: el camino por tierra no estaba expedito, y de seguirlo se exponía á caer en manos de los sectarios de Carlos, que por todas partes pululaban. En cambio, si conseguía llegar al mar y encontrar la escuadra pisana ó si lograba por cualquier medio arribar á Sicilia, Carlos de Anjou podría perder fácilmente los frutos de su victoria. Por esto Conradino, al salir de Roma, se dirigió á la costa, llegó felizmente á Astura y allí se embarcó con sus compañeros. Ya se habían hecho á la mar los fugitivos cuando Juan Frangipani, señor del castillo, envió en su persecucion un velero rápido que los apresó y los llevó prisioneros, siendo luego sometidos á severa vigilancia. Este Frangipani había olvidado hacia tiempo lo que á Federico II debía su familia; habiéndose pasado al partido welfo, creyó que haciendo prisionero á Conradino ofrecía á Carlos de Anjou una garantía segura de la lealtad de su apostasia y pensó al mismo tiempo con aquel acto tener un medio de saciar su ambicion. Por esto se negó á entregar sus prisioneros al almirante de Carlos de Anjou, que navegaba por aquellas

aguas, y cuando este quiso obligarle por la fuerza, opuso enérgica resistencia; también se negó a entregarlos a la Iglesia, cuyas supuestas pretensiones procuró apoyar con un ejército el cardenal Jordan de Terracina. Frangipani no entregó su presa a los plenipotenciarios de Carlos de Anjou hasta que hubo obtenido la promesa de cuantiosas sumas y de grandes adquisiciones territoriales. Los prisioneros fueron entregados a Carlos en Genezzano y luego reducidos a dura prision en el castillo de San Pietro de Palestrina. De allí se los llevó consigo el de Anjou cuando hizo su entrada en Roma, donde, entre tanto, se había consumado la evolución en pro de los welfos, habiéndose conferido la dignidad senatorial vitalicia a uno de los mas leales y fanáticos partidarios de Carlos.

Lo que sucedió después pertenece a lo mas horripilante de cuanto nos refiere la historia. Que Carlos de Anjou procurara inutilizar para siempre a su enemigo y aniquilar las fuerzas de los gibelinos era cosa natural; pero los medios de que para ello se valió le ponen al nivel de los mas sanguinarios tiranos de todos los tiempos, a muchos de los cuales superó por el frío cálculo, inaccesible a todo sentimiento humano, y por la sangre fría con que dictó é hizo ejecutar su terrible sentencia. Su proceder produjo tanto mas terror, cuanto que quiso ocultar su odio salvaje bajo la máscara de una necesidad política y religiosa y presentar como cómplices suyos a la Iglesia y al pontificado, para evitarse toda censura y desarmar toda acusación. ¿Quién podría decir cuántos de los que fueron hechos prisioneros durante y después de la batalla perecieron, tras de un sumario procedimiento, bajo el hacha del verdugo? Aun cuando quisiera justificarse este proceder diciendo que la legislación de Federico condenaba a muerte a los que se hacían reos de alta traición ó se levantaban en armas, puede a esto oponerse que la Iglesia había declarado las leyes federicianas incompatibles con sus preceptos. Los hombres que defendían el derecho de la casa de los Staufen, que con asentimiento de la Iglesia había sido elevada al trono de Sicilia; los que combatían por el nieto del hombre cuya tutela había ejercido en otro tiempo Inocencio III, no podían, en manera alguna, ser tachados de traidores y sometidos a aquella ley. Con esto aparecían patentes en toda su dureza las terribles consecuencias que se desprendían del dogma de la supremacía del pontificado sobre todos los príncipes laicos: las injustas matanzas que en nombre de este dogma consintió la Iglesia, degradada hasta el punto de convertirse en instrumento de salvajes odios personales, la convirtieron, por mas que contra ello protestara, en cómplice de asesinatos apenas encubiertos por una falsa apariencia de derecho.

Según los preceptos del derecho humano, Conradino no podía ser condenado a muerte, porque no cabía dictar esta sentencia contra un rey hecho prisionero en noble guerra. Los contemporáneos opusieron al proceder de Carlos el de los sarracenos de Egipto, que tuvieron prisionero a Ludovico Pio y le pusieron en libertad en virtud de un tratado, cuando el fanatismo religioso les hubiera podido llevar a tomar otra resolución. En nada se vieron tan al desnudo la barbarie de aquellos tiempos y la violación de los mas rudimentarios principios morales como en el hecho de que la Iglesia considerara tolerable y consintiera y aprobara aquello mismo que rechazaban el derecho de la guerra y el de los infieles. Por medio de argucias y de sutileza se creyó Carlos autorizado para privar a su prisionero de los beneficios del derecho de guerra, afirmando que había atentado contra su vida, ¡cómo si pudiera acusarse de reo de tentativa de homicidio al que encontrándose en batalla campal quisiera dar muerte a su mortal enemigo! Enrique de Castilla, contra quien podía formularse igual acusación, fué simplemente en

carcelado; pero esto se debió a que la muerte de Enrique habría atraído sobre Carlos de Anjou la enemistad de sus reales parientes castellanos. En cambio, ¿quién había de vengar a Conradino, último vástago de una raza decaída de su poder? Carlos, a pesar de todo, no consiguió dar a su procedimiento ni siquiera una apariencia de justicia. De los cuatro jurisconsultos que llamó a Nápoles para que dijeran si Conradino merecía, conforme a derecho, la muerte por haberse levantado en armas contra el legítimo soberano y por haber incendiado templos y conventos, solo uno, adulador servil, se expresó en los términos que deseaba el monarca; los demás no vieron en el prisionero mas que a un príncipe que había querido conquistar en noble guerra su reino hereditario. A pesar de todo, ejecutóse la sentencia que aquel solo había pronunciado.

Conradino se encontraba en su calabozo jugando al ajedrez, según se cuenta, con Federico de Austria, cuando le notificaron la suerte que le esperaba. Aquel joven fué a la muerte con actitud heroica, digna de sus mayores, en los lugares en que le correspondía reinar como soberano. En su última voluntad, confirmó el testamento que había otorgado antes de salir de Alemania, legando todos sus bienes a su tío, a quien se imponía, sin embargo, la obligación de pagar algunas deudas y varios legados hechos a determinados conventos. Después de haberse confesado, subió al cadalso, que había sido levantado en la plaza mercado de Nápoles y desde el cual podía contemplarse toda la magnificencia de aquella hermosa tierra. En este trance supremo se le permitió llevar a su lado a su leal amigo Federico de Austria. El protonotario Roberto de Bari, uno de los mas serviles instrumentos del sanguinario Carlos de Anjou, leyó la sentencia de muerte, sin decir naturalmente cómo había sido dictada. Conradino se desnudó de medio cuerpo arriba, se arrodilló y se puso a rezar: sus pensamientos fueron para la patria alemana, para el palacio de su madre, que adoraba en él. «¡Oh, madre! ¡qué terrible noticia de mí te espera!» tales fueron sus últimas palabras, después de las cuales su rubia cabeza rodó por el suelo. Un grito de dolor salvaje se escapó del pecho de Federico de Austria, el cual dobló también su cerviz ante el hacha del verdugo, y otros dos de sus compañeros fueron después de ellos ejecutados. Los cadáveres fueron depositados en la playa, como si las aguas los hubieran arrojado a ella, y cubiertos de piedras. El hijo y sucesor de Carlos en este trono, tan sanguinariamente conquistado, mandó levantar sobre las tumbas de los amigos una capilla, cuyo culto estaba confiado a los monjes carmelitas y que en 1769 fué transformada en la magnífica iglesia de Santa María del Carmen, que, rodeada de los edificios del antiguo convento, se levanta todavía hoy en el extremo sudeste de Nápoles, en medio del bullicio de esta capital, y que transporta al que la contempla desde la magnificencia del presente a las tinieblas de un pasado lleno de apasionamientos y manchado de sangre. Detrás del altar mayor se encontraba el sepulcro de Conradino, que solo se distinguía por las iniciales R. C. C., es decir, *Regis Conradini Corpus*; ahora los restos del último Staufen descansan en la nave de la iglesia, debajo del zócalo de la estatua que por orden de Maximiliano II de Baviera, príncipe heredero, esculpió Schopf, según el diseño de Thorwaldsen, y que perpetúa allí la memoria de aquel joven héroe.

¿Y qué se consiguió con este derramamiento de sangre?

El poderío universal fundado por los Staufen hacia tiempo que estaba destruido: la Alemania se aniquilaba en interminables guerras civiles; la nación que antes había dictado al mundo sus leyes, se encontraba sumida en indigna impotencia, y los partidos, que con encarnizamiento luchaban en ella

entre sí, no hacían mas que favorecer los intereses del extranjero. Italia había perdido toda esperanza de llegar a una unidad nacional: los welfos y los gibelinos luchaban furiosamente unos contra otros, encaminándose y empujando a su patria a la ruina y entregando al país a los horrores de una continua contienda civil, en la cual perecía la libertad, que heroicamente había sido defendida en otro tiempo contra los antepasados de Conradino; y mientras tanto, las comarcas del Sur eran reducidas por Carlos de Anjou a una servidumbre en armonía con las crueldades que habían presidido a la fundación de su reino. La misma recompensa tuvo la Iglesia. La curia se había proporcionado en su protegido Carlos de Anjou un azote terrible, cuyo poder siempre creciente fué muy pronto para los pontífices horrible pesadilla. Ya Clemente IV, al morir, se arrepintió de haber hecho de aquel hombre el señor de la Italia y el patrono de la Iglesia.

Los desastres que pesaban sobre las florecientes comarcas de Italia y sobre sus cultos pueblos, casi borraron por completo el trágico recuerdo de las calamidades que la casa Staufen había padecido. El rey Enzo, que después de haber intentado en vano fugarse estaba detenido en dura prision por los implacables boloñeses, falleció a los cuarenta y seis años de edad, en 14 de marzo de 1272, es decir, cuatro años después del sangriento fin de su sobrino, habiendo pasado casi la mitad de su vida en la cárcel. Dos años antes, la muerte había libertado a su hermanastra Margarita, la hija de Federico II, de todos los males que le había causado su desdichado casamiento con el brutal Alberto de Turingia y de Misnia. ¡Cuán venturosa, en cambio, parecía la suerte de su hermana Catalina, que en edad temprana se había consagrado al claustro y que falleció siendo monja del monasterio francés de Montargis, en aquella celda a donde, por lo menos aparentemente, no alcanzaban las tempestades que habían hecho sucumbir a su familia!

CAPITULO V

FIN DEL IMPERIO ROMANO-GERMÁNICO

(1254-1273)

El poderío de los Staufen en Italia había quedado destruido a consecuencia de una serie de violentas revoluciones. Alimentadas sistemáticamente y desencadenadas sin reparo alguno por el papa, — que estaba llamado a promover la paz y a predicar reconciliación, — todas las mas bajas pasiones contribuyeron a la ruina del orden de cosas entonces existente, anteponiendo cada cual, con provocador sarcasmo, a todos los demás fines su propia satisfacción. Un envenenado espíritu de partido dividía en dos facciones a la culta población de Italia, que tan envanecida estaba de su glorioso pasado. Solo de nombre existía el recuerdo del elevado premio por cuya conquista se había luchado en otro tiempo; el odio, en cambio, se transmitía y aumentaba de raza en raza, manifestándose cada día en nuevas crueldades y dividiendo en parcialidades hostiles a las distintas comarcas, municipalidades y familias. Pero en este mismo insensato salvajismo se demostraba la inagotable fuerza vital de las razas italianas, que habían comenzado a sentir un soplo de la cohesión nacional primero en su victoriosa lucha contra el imperio y luego en las guerras sin resultado contra la soberanía extranjera de los franceses. Su idioma, su poesía y su arte plástica, que estaban en vías de formación, demostraban que la continua guerra civil no era bastante para cortar el vuelo elevado del sentimiento nacional. Muy pronto con el esplendor de la poesía y del arte debía indemnizarse la Italia de las pérdi-

das que en la independencia de su vida política había sufrido. Decadente bajo el punto de vista político, confirmó su fuerza generadora con una serie de grandes hombres que en aquellos revueltos tiempos surgieron de su seno, para gloria suya y provecho de los contemporáneos y de la posteridad; Italia, durante una serie de generaciones, siguió desempeñando en la esfera de la cultura intelectual el papel principal, gracias al cual, y en alianza con Alemania, había sido, desde el tiempo de los Otones, el centro de todo el desenvolvimiento histórico.

Mucho mas desdichada parecía la suerte de Alemania, desde la catástrofe de la casa Staufen. En las luchas que se siguieron en Italia se manifestaron grandes pasiones, a su encarnizamiento contribuyeron sentimientos poderosos y en ellas se descubrió la fuerza de un pueblo llamado a grandes cosas. Nada de esto sucedió en Alemania: como si hubiera gastado todas sus fuerzas durante la época de los Staufen, abundante en grandes hombres, no produjo en las siguientes décadas ni una sola persona visible que por los fines que se propusiera, ni por la energía y el talento con que tendiera a conseguirlos lograra imponerse a sus contemporáneos é infundir cierto interés en la posteridad. Pequeños talentos y caracteres secundarios son los que encontramos allí en situación predominante, ofreciéndose a nuestros ojos una raza que llevaba impreso el sello del extenuado epigonismo. Faltan en la Alemania de aquella época las grandes pasiones que, en medio de la disolución política y de la barbarie moral, dan a la historia de Italia un interés psicológico extraordinario. Mezquinas ambiciones que para su satisfacción no se atrevían a realizar nada grande; implacable egoísmo, inaccesible a ningún esfuerzo de carácter general; innoble venalidad, atenta solo a mirar bajo el punto de vista del dinero las cuestiones políticas y eclesiásticas, y la manera de reportar de ellas alguna ganancia: tales son los motivos determinantes de la historia alemana de aquellos tiempos. Casi nunca había ni ha descendido como entonces el sentimiento moral político de los príncipes y nobles alemanes, de quienes dependía la suerte de su desgarrada patria; lo único que puede compararse con la degradación de aquella época es el hecho acaecido a fines del siglo XVI, cuando Luis XIV consiguió con su oro corruptor encadenar a su carro triunfal a algunos príncipes y hombres de Estado alemanes. A la guerra aniquiladora que se sostuvo contra el pontificado sucedió un período de rebajamiento respecto del extranjero, análogo, por la corrupción de los príncipes, al que debía traer sobre la infeliz Alemania la lucha de treinta años entre los dos partidos religiosos: en ambos períodos, el oro extranjero decidió de los destinos de la nación alemana.

Puede darse por demostrado (1) que el dinero de la curia romana había decidido la elección de Enrique Raspe de Turingia, pues los tres arzobispos del Rin, a cuya adhesión se debió que fuera posible la contra-monarquía del landgrave, vieron sus tendencias robustecidas por las sumas que les envió el papa. Aun cuando esto no pueda afirmarse respecto de los principales sostenedores de la causa pontificia en Alemania, en cuyo ánimo podían influir suficientemente motivos religiosos y políticos de carácter general, cabe asegurar que en otras esferas mas bajas se hicieron cosas peores y que en ellas el entusiasmo por la causa del papa no fué producido y alimentado por medios decentes. Gracias al oro romano pudo representar el mismo contra-rey el papel que le había sido confiado. Lo propio puede decirse de la monarquía de Guillermo de Holanda, el cual recibió importantes subsidios de Inocencio IV; este papa sufragó también los gastos que ocasionó el so-

(1) O. Lorenz: *Historia alemana en los siglos trece y catorce*, t. 42.